

EDITORIAL



CONTRA los que nos creen adormecidos en la apagada monotonía de una vida sin estímulos ni exaltaciones, España ha sabido levantar el vivo clamor de su entusiasmo. Encendida de fe, ha vibrado nuestra Patria al acorde unánime de un mismo latido espiritual. Ya el hombre español sabe sentirse armonizado en unidad de sentimientos y afanes con la comunidad nacional, antes atomizada y escindida. En este proceso de superación, el Estado destierra de sus consignas el individualismo decadente que desarticulaba el sentido de la Nación, hoy ya concebida, como auténtica unidad de destino en lo universal.

Pero todo esto se ha logrado porque, con la culminación de nuestra Cruzada, España inaugura una era política de caudillaje.

Sólo en los momentos de suprema decisión de los pueblos—cuando la vida de éstos gravita inestablemente entre su salvación o su ruina—, surge la necesidad de individualizar en una figura excepcional la suma de valores morales de un pueblo. Surge así la personalidad señera del Caudillo, como rector del destino universal de la Patria, que recobra de este modo su rango unitario y su rumbo hacia el fin permanente de la Historia.

En esas dos cualidades se apoya precisamente la virtud política del caudillaje. En primer lugar, el sentido de unidad que es característico de esta nueva concepción del Estado, tiene como valor esencial el de romper de una vez para siempre con los estériles sectarismos en los que se desangraba la Nación al amparo del sistema liberal. Con razón ha podido decirse que la democracia, en el si-

glo XIX, era ya bolchevismo. La dolorosa realidad de este aserto la ha confirmado España, porque nuestra Patria ha padecido, en lo más hondo de su carne y en lo más sagrado de su tradición espiritual, las consecuencias derivadas del triunfo—pasajero, pero dramático—de ese mundo sombrío donde el resentimiento de los fracasados culminó en la exaltación del odio como instrumento de una política cuyo único fin era el suicidio del Estado.

La unidad salva a la Patria de ese caos disociador y babélico en que el pueblo se veía sumido después de haber atravesado por las crisis intelectuales del racionalismo y del romanticismo, en las que el hombre—perdido el sentido teleológico de su destino humano, y acobardado después de su propia desorientación—se volvía de espaldas a la realidad que le rodeaba, para disimular su fracaso bajo una apariencia de espíritu de crítica como sistema.

Y, en segundo término, la armonización en una sola línea de las hasta ahora divergentes trayectorias políticas del pueblo, representa—bajo la suprema dirección del Caudillo—que la Patria recupera en el camino de su Historia la responsabilidad de su propio fin permanente. Quiere ello decir que los Estados no pueden renegar de su destino, porque ésto equivaldría a provocar deliberadamente la muerte voluntaria de un pueblo.

En este trance de edificación del Estado con elementos de firme arquitectura política, España acusa, en un unánime latir, la enorme fuerza de su fe nacional convergida desde el último extremo de la Patria, en la figura señera de un Caudillo que encarna en sí los valores inmutables de supremo rector de los destinos de la Historia.

Y porque el pueblo lo ha comprendido de este modo, España se ha encendido en vivos clamores de fervor, al paso de Franco por todas las rutas de la Patria. No se trata de medir, con el compás diario de los simples episodios ocasionales, la trascendencia de esta adhesión unánime de España a su Jefe supremo. No. España, durante los años interminables de su decadencia, ha representado la figura del paralítico del Evangelio, que durante horas y días de angustia, espera la llegada del hombre que le ayudará a sumergirse en las aguas purificadoras de la milagrosa piscina probática. Otros seres, dolientes como él, encontraron el apoyo de un brazo robusto,

a cuyo auxilio generoso debieron su liberación de la miseria y la muerte en que estaban próximos a sumirse. Igual que aquellos seres privilegiados en medio de su propio dolor, el mundo ha visto como, en el transcurso del siglo XX, había naciones a las que, la firme voluntad de un solo hombre, salvaba de su ruina inminente. Pero España no tenía hombre. Cuando se inicia en Europa, vencida la experiencia de la primera guerra mundial, la era de las grandes afirmaciones nacionales, nuestra Patria sigue consumiéndose en la meditación de su propia dolencia espiritual, sin que una mano férrea la conduzca con sereno paso a que se logre el milagro de un su propia purificación.

España no tenía hombre. Pero hoy es Franco el hombre de España. Bajo el imperio de su caudillaje, el renacer de España se manifiesta en una doble dimensión: de un lado, nuestra Patria reconquista la esencia de su íntimo espíritu tradicional y cristiano; pero de otra, ennoblecida por el brío de una juventud generosa hasta la abnegación, adquiere la plenitud física necesaria para recuperar su papel de potencia política en el concierto de los grandes Estados.

Esta es la obra de Franco. España ha dejado de tener un valor estrictamente "provincial" en el escenario de Europa, después de haber afirmado con hechos su inquebrantable decisión de vivir. Pero la vida es lucha, vigilia y sacrificio, y como sangrienta experiencia de su fuerza vital, España ha recorrido ya ante el mundo el camino, glorioso y cruento, de una guerra de liberación. Y hoy que Europa bate sin cuartel al comunismo en sus propios reductos, es también el hombre de España el que se incorpora a esta obra común de sostener bajo sus hombros, con vigor de atlante, el peso de la civilización occidental.

España, así, ha reconquistado su dignidad y su honor. Pero para lograrlo hacía falta una audacia genial y una voluntad inquebrantable. Y Franco ha sido, entre nosotros, la voluntad y el genio.